

FRENTE AL CHAPALA

Mi querido Gómez Ugarte:—No podía ser de otra manera. Lejos de la bulliciosa vida metropolitana, me siento tan poco dispuesto a escribir la impresión, a retenerla, a purificarla en el alambique de la retórica, que sólo el compromiso, apalabrado con usted, de llenar mi sitio habitual, me obligan, me fuerzan a decir, en unos cuantos renglones, lo que larga y perezosamente estoy sintiendo en esta soledad azul y verde, en la que bebe mi espíritu, sorbo a sorbo, un poco de descanso y de olvido. Créame usted que no quisiera analizar este perezoso abandono en el que yazgo y que no es sino la compenetración de mi alma en la naturaleza, en cuya tranquilidad inconsciente se ahoga el deseo de ir más allá, de buscar proximidad y relación, de vaciar la memoria, sacando de ella los recuerdos, como quien saca guiñapos y baratijas de una arca repleta.

Aquí en el campo, se vuelve uno indiferente, silencioso, retraído. Toma uno, por la sugestión del medio que le rodea, el aspecto de las plantas, de los árboles, de las flores, de las hojas que se extienden en las ramas para recibir su caricia de aire, de los cálices que se asoman por entre las mallas de las

frondas para que las bese un rayo de sol. Entramos en la existencia vegetativa como en un sueño de placidez vaga, casi inconsciente, amable y dulce, en el que las cosas fraternizan con nosotros. Nos fundimos en un panteísmo, sin filosofías y sin meditaciones, que nos hace el milagro de arrancarnos esos dos puñales que hurgan constantemente en nuestro corazón: el temor, la esperanza. Comprendemos al alucinado de Asís. ¡Danos tu sombra, hermano árbol; deja que nos sentemos en tu cantil, hermana piedra! Una resignación, la resignación universal, nos serena. Desléimos nuestras ambiciones y nuestros dolores en la muda beatitud de la naturaleza. Todo lo que está fuera, todo lo que flota en la atmósfera, todo lo que baja de los cielos, todo lo que sube de los abismos, se filtra en nuestro ser y nos domina, nos despoja de este orgullo artificial y nos obliga a experimentar la sensación zoológica, la natural y sana sensación del vivir a la manera del hermano árbol y de la hermana piedra: porque sí.

De esta infinita y pura voluptuosidad me despierta usted, como de un quieto sueño que no tiene visiones. ¡Ea, pues, amigo mío; me desperezo, sacudo mi inefable letargo, abro los ojos de la fantasía amodorrada; le pongo al pensamiento su cadena de galeote, me ato al poste de la obligación, me dispongo a gritar mis intimidades, como un mercader de feria sus chucherías! Estoy listo.

*
**

Bajo los viejos ramajes de una encina de tronco rugoso, quemado y hueco; sentado sobre las raíces

nudosas y deformes, que parecen las patas negras y torpes de una colosal araña, que se quedó enterrada en la arena, arrellanado junto a este árbol fantásticamente dantesco, con siluetas y contorsiones a la Dorée, he pasado la mañana. No me canso de ver frente a mí el agua que ondula, ligeramente emblanquecida por una luz brumosa, perlada, que tamizan, como gasas sutiles, las neblinas del horizonte. No ha podido salir el sol. Se conoce que está haciendo esfuerzos por romper el algodón pesado de las nubes, porque en algunos perfiles de bruma se vislumbra un delgado filete de oro. Las montañas de enfrente, de un azul opaco y sucio, están pringadas, en sus arrugadas laderas, de manchas negruzcas que recuerdan las chafaduras y las motas del terciopelo usado y raído. La crestería de las cumbres no se ve: está escondida entre morenas nubladas.

Sin embargo, el lago no está colérico, ni triste; no tiene mal humor, no amaneció cansado de su noche de insomnio; al contrario, tiembla con estremecimientos de regocijo, y, con lentas y mansas olas, lame la playa sin dejar espuma en la arena.

A mis pies lo veo jugar con un penacho de hierbas que, de seguro, viene de muy lejos, porque el juguete conserva huellas de un largo naufragio (troncos rotos y hojas destrozadas). Una ola, en su efímera falda de cristal, trae el penacho; lo deja, no, lo deposita en la húmeda tierra de la orilla: vase cantando; pero cádate que ahí llega otra ola corriendo, y adelanta también su clara falda, y en ella quiere atrapar el pingajo de hierba, que se agarra a la arena, como con tentáculos, con sus mojadas ramazones. La mal intencionada no alcanzó a lle-

vase el juguete; pero otra onda traviesa, más ágil, sí se lo lleva, y una compañera que se lo arrebató, lo vuelve a la playa. Las olas, como niñas alegres, se han entretenido todo el día con esta simpleza. Yo no me he entretenido; me he adormecido, con una somnolencia de encantamiento. Mi cerebro esboza ideas y las rompe porque no le interesan. Ver pasar el agua, verla rizarse, verla cómo se pule aquí en placas lechosas, y más allá se encarruja en encajes de vidrio veneciano: y conforme se aleja, verla cómo toma entonaciones firmes y mates de un gris muerto, que corta con línea inmóvil las montañas; ver el agua, verla siempre, verla incessantemente, en una dejadez hipnótica en la que deshacemos, grano a grano, la conciencia; eso es ahora mi ocupación, mi preocupación, mi sensación.

Es verdad que, por instantes, las memorias quieren despertarse y punzan las añejas pesadumbres como reptiles irritados que buscan la salida de su encierro. Es verdad que, por momentos, la vida, que se rebela, me asalta. Me acuerdo de que soy un hombre por breves ráfagas de tiempo. Yo mismo me toco la herida del costado, la lanzada de las penas vulgares. Es verdad, soy un hombre. Y un fugaz y angustioso grito resuena en las profundidades de mi alma.

Mientras tanto, la blancura indecisa de las aguas se ha fundido en una clara y cambiante opalescencia, por sobre cuyas inmóviles irisaciones saltan radiosos y efímeros insectillos de luz, se entrecruzan estrías de plata, como los hilos de una red quebradiza; hierven las ondas en pirotecnias de reflejos; las serranías fronteras han cambiado su to-

nalidad opaca y turbia en fuerte y claro azul, en azul de fantasmagoría oriental, y las curvas y picos de las cimas, en donde apenas si se quedó clavado un mechón de niebla que el viento desfleca, rayan con precisión la gran piedra preciosa de los cielos. Bajo la inmensa sonrisa del sol, el lago, embellecido, canta, con su divino y monótono ritmo, su canción matinal. Canta en voz baja; tararea su contento. Parece que se arrulla a sí mismo. Está como una coqueta alegre.

Una canoa, con la vela hinchada, como una ala que se encorva, va rumbo al Oriente con rapidez de pájaro; un bote, semiborrado por la distancia, brinca en las olas, moviendo a compás sus delgadas patas de insecto.

En el cerro que se alza en el filo de la playa, y que un versificador compararía a un gigante que saca medio cuerpo de las ondas, la frescura del día ha lavado los musgos que ahora lucen como sedas bordadas, sobre las rocas amarillentas. Las torres de la iglesia, pintadas de cal y chorreadas por la lluvia, yerguen, con presunción provinciana, sus gorros de payaso. Algunas indias, echadas de bruces en un remanso, lavan ropas. Un grupo de rapaces desnudos chilla y retoza en las arenas de la orilla. De no sé dónde, débil y aflautada, viene la voz de una mujer que canta. Tres sauces, en fila, se adelantan en el lago, y el que más avanzó, inclina su copa sobre las ondas, como una bañadora que antes de sentir el frío de la linfa, tuviese el capricho de mojar la punta de su cabellera.

*
* *

Yo vuelvo a adormecerme, torno a ensimismar-

me con estos movedizos esplendores. Me hundo, poco a poco, en esta deliciosa impotencia de pensamiento, en este inconsciente abandono de mí, en esta incomparable pereza de nirvana.

No me iré de aquí, no quisiera irme; me siento una raíz, de crispaciones dolorosas, de este viejo árbol dantesco. Otra vez será, amigo mío; otra vez, cuando el bullicio de la ciudad me arrebate de nuevo en sus hervores (¡ay, será pronto!) le contaré a usted lo que es este Proteo maravilloso, este lago de su tierra, que es mujer vivaracha por el día, poeta romántico a las oraciones de la tarde, y titán insomne y triste por las noches. Le contaré a usted lo que son estos crepúsculos, estas tragedias celestes, llenas de incidentes de colores y peripecias de púrpura; lo que son estas noches que dejan bogar en las aguas negras e iracundas los esquifes luminosos de sus estrellas.

Porque ha de saber usted que en el medio día, este lago chispea como.....

¡Ah! ¿pero es que de veras se empeña usted en despertarme? ¿De veras me obliga usted al trabajo de enhebrar metáforas y de entretejer comparaciones?

Espere usted, se lo agradeceré, déjeme despertar de esta hora de felicidad, en blanco, sin un recuerdo, sin un anhelo, sin una pesadumbre.

*
* *

¡Canta, lago arrullador y tranquilo, lago de ópalo y nieve, canta el amor del sol, canta tu alegría, canta mi olvido!

1905.

CROQUIS DE VIAJE.

I.

EN CHARLA CON EL MAR

Campeche, 18 de enero de 1906.

Ayer volví a ver el mar, después de cuatro días de ausencia. Nos hemos hecho amigos el mar y yo. Gusto de charlar con él, principalmente porque me habla sin herirme, pero tampoco sin consolarme, de mis desventuras de ayer, de mis tristezas de hoy, de mis desengaños de mañana. Lo que sufrí, lo que siento, lo que presiento, vuélvase narración, confesión, confidencia, cambiadas en el seno de una simpática intimidad que me hace mucho bien, porque sé que mi nuevo amigo es discreto y sincero, y digno de mi confianza y mi cariño. El sí que no me contesta con palabras triviales, con entonaciones fingidas, con clisés y estereotipias de piedad; él sí que no se ofende por mis torpezas, ni me riñe por mis debilidades. Se contenta con oír lo que calladamente le cuento desde el fondo de mi espíritu extático, y, a mis preguntas, a mis insinuaciones, a mis meditaciones, responde siempre con vagos conceptos, con voces misteriosas, con veladas cláusulas, cuyo sentido, que no logro aclarar, me penetra como la

evocación de un poema arcaico, como la sentencia de un libro de Kábala, como el versículo de una profecía.

Ayer volví a ver el mar. No entré en él, no acaricié su dorso azul y plata; lo saludé desde la orilla, sentado en un pedrusco de la playa. Abrí cuanto pude los ojos y el corazón, no bien lo sorprendí a lo lejos, en el fondo de una calleja por donde precipitadamente corrí hasta la arena en que el manso oleaje se entretenía en tejer y destejer orlas y bordados de espuma.

—Buenas tardes, señor mío.

—Buenas tardes, hijo.

Y nos pusimos a conversar, libre y desenfadadamente.

*
* *

Me he levantado hoy con la visión radiante de mi compañero. A mis pies se encarrujaban en perenne persecución, las olas opalinas y blancas, como de ajeno y leche; las olas que se envolvían y rodaban en lentas y atrevidas curvas, en cavidades arquitectónicas, en voluptuosos y femeninos estremecimientos. ¿Qué color es este, indefinible y raro, con cambiantes de piedra preciosa y opacidades de cristal sucio? Es un verde deluído en albura brumosa que aquí y allá, de pronto, inesperadamente, al salto de una onda, al brinco de un rayo de luz, brilla y chispea, con fuegos efímeros y repentinas transparencias. El agua me distrae, me absorbe, me hipnotiza con la terquedad de su monótona agitación. Las olas llegan, se deshacen, se van y vuelven las mismas, airozas, suaves, con su claro y corvo seno de jade antiguo, y su filete de vidrio

frágil, y tornan a romperse en volutas pomposas de espuma amarillenta, que parecen grandes flores semideshojadas y deshechas por el soplo del viento. Mas esto que sucede aquí, a mis pies, no es lo mismo que pasa un poco más allá, donde las aguas de azul de lapislázuli, de compacto y firme azul, tiemblan dulce y rítmicamente con movimientos de seda vieja, arrugada por una mano cuidadosa. En la línea del horizonte, enrojecido en la ancha faja del crepúsculo, sobresalen los triángulos blancos de dos velas de barca, y, como esqueleto de pájaro gigantesco y extraño, la arboladura de un buque anclado. He querido mirar el Occidente; imposible: una rodela pequeña de oro en fusión es el sol; pero irradia resplandores tan vivos, que las pupilas hebridadas, que al momento cubre el párpado como una defensa, cuando vuelven a descubrirse siguen reproduciendo en el aire sereno las ruedas moradas y temblorosas del deslumbramiento. Pero el sol cae con violencia impaciente, y, poco a poco, la sangre de rubí del ocaso—que las nubes oscuras estrían con rígidas y rizadas bandeletas, como fantásticas y enormes salamandras—se hace enfermiza y anémica, y convierte sus oros y púrpuras fulgurantes, en pálidos violetas, en vinosos lilas, en cloróticos ocres, en tibios y románticos amatistes, en cremas desteñidos, en lánguidas y otoñales rosas. Y ya puede verse el sol frente a frente: una hostia áurea que se hunde encendiendo el agua; ya no ciega, al contrario, acaricia los ojos con su oro transparente y luminoso. Se hunde como una colosal moneda que una gran mano invisible sumergiera en el mar para lavarla y purificarla. Con una curiosidad conmovida miro este Poniente maravilloso. Ya

sólo la mitad del disco quedó fuera de las ondas; ya sólo se distingue un pequeño segmento que, en el minuto mismo de desaparecer, transforma su oro intenso en un hervor de vivas y claras esmeraldas.

A partir de este instante, la policromía marina va uniformando su tonalidad en oscuros amarantos con salpicaduras de diamante, y un cabrilleo metálico reverbera en las confusas lejanías. El cielo profundo obscurece los zafiros de su bóveda, y en el pedazo más limpio y hondo, parpadea, con irisaciones de joya, el pensativo Sirio.

*
* *

Y entonces, cuando la tarde comenzó a dormirse, mi buen amigo el mar, que es un insomne delirante, me habló. ¡Qué bien que me habló el mar con su bitónico chasquido! ¡Chas! al chocar en la playa; ¡chis! al retirarse. ¡Chas! ¡Chis!

Evocó mi vida. Parece que lo oigo y que descifro sus reflexiones.

—¿Y qué es tu vida, pobre diablillo del mundo, qué es tu vida? Mídela con la mía; compara tu dolor con mi grandeza; piensa en tu destino contemplando mi horizonte; pon tu pensamiento sobre la línea donde me junto con el cielo. ¿Verdad que todo dentro de ti se empequeñece, se desvanece, se esconde? Eres un átomo que sufre, un átomo, y te quejas como una montaña. Arroja sobre mí tus penas, y tus memorias, y tus esperanzas, y tus desilusiones, y verás cómo caben en el hueco de una ola. Esta inmensidad que miras, con los ojos y el corazón abiertos, bastará para anonadarte en una contemplación sin ideas. Una sensación de soledad

y abandono, de apacible nirvana, diluirá tu ser en un olvido misericordioso. Siente, pues, y sueña, pobre diablillo del mundo, que sólo los sueños humanos pueden compararse a mi grandeza.

¡Qué bien que habló el mar, sobre las arenas de la playa, con su bitónico chasquido!

Cuando me levanté y alcé la cara al firmamento, los tres broches diamantinos del Cinto de Orión comenzaron a hacerme guiños graciosos y risueños. Muchas estrellas, incrustadas en el sombrío turquí del espacio, cintilaban perezosamente, como la llama, sin fuerza, de las lámparas recién encendidas.

Las calles del pueblo estaban solas; las puertas y las ventanas, cerradas. Mis pies tropezaban con frecuencia con las yerbas que, en el pavimento quebrado, salían por las juntas de las baldosas. La noche había caído. Era una noche de la costa, tibia y callada. Por encima de las bajas tapias y de las azoteas de las casas, asomaban sus puntas, de verdura empenumbada, los jardines. El ruido de mis pasos se apagaba en el coro estridente de los grillos. La brisa oreaba, susurrante y fresca, mi rostro y mis manos. Un perro callejero seguía, con su humildad canina, mis huellas. Algunos farolillos del alumbrado público picaban la sombra con su flama rojiza.

Y yo, aconsejado por mi amigo el mar, en una contemplación sin ideas, caminaba en aquel silencio.

De repente, a la salida del pueblo muerto, me detuve: era preciso despedirme de este viejo mentor que rumoreaba bajo los temblorosos lumineros de la noche. Lo vi largamente: todavía estaba azul, azul ennegrecido y como aprisionado en una red de

fosforescencias de plata. Abrazado al tronco oblicuo de una palmera, cuyo penacho, bañado por el fulgor del cielo, parecía un surtidor de luz de estrellas, le grité a mi amigo el mar:

—Hasta mañana, señor.

Y luego, le di la espalda; y, en aquel penetrante silencio lleno de rumores misteriosos, seguí mi camino, pensando, con tristeza tranquila, en una mujer amada y ausente.....

ALFONSIANA

MEDIODÍA COSTEÑO

Campeche, 20 de Enero de 1906.

Tendido en una mecedora, desde el volado balcón del hotel, domino la amplia plaza. Es un mediodía sofocante. El sol está furioso y deslumbrador: caldea y ciega. En la atmósfera vibra un vaho cálido, y tal parece que las cosas tiemblan a través de un humo sutil espolvoreado de oro. Nada produce sombra en estos momentos. Las nubes, de un blanco espeso y compacto, manchan, con sus cúmulos caprichosos e inmóviles, un cielo claro, de acero pulido en los horizontes, y sólo de azul pavonado y limpio en el cenit. Casi toda la plaza—un gran cuadrado en el que desembocan las calles principales—está ocupada por el jardín, en cuyos camellones, que acotan alambrados y bancos de piedra, se desbordan copas de arbustos, rígidos follajes y flexibles ramas de plantas tropicales. Son largas y bien surtidas canastillas de hojas y flores. El verde es el matiz que resalta; mejor dicho, los verdes son los matices, porque hay un verde oscuro, brillante, jugoso, y otro verde flavo, tristón y opaco, y otro verde seco, complicado de carmines, y otro verde húmedo y fresco, verde submarino y soñador. Por

entre estos verdes, como por entre una cabellera, asoman las vívidas estrellas, de grana ruborosa, de los tulipanes. Me hacen el efecto de bocas que sonríen, en plenitud de vida nueva. Las calzadas curvas y rectas del jardín están pavimentadas con un tablero de casillas rojas y azulosas, y en la rotonda central, enlosada de mármol blanco y negro, se yerguen, superpuestas, las tazas labradas de una fuente. El sol cae sobre sillares y mármoles, sobre ramazones y verduras, fundiendo todos los colores en una tonalidad ardiente y esplendorosa. Sobre sus columnas de hierro pintado, los faroles públicos chorrean oro encendido. Todo se adormece en un sopor bochornoso. Las tazas de la fuente, requemadas por los ardores del día, semejan una seca planta de granito. Las miro con fijeza. Anhele ver saltar en ellas un chorro de agua cristalina y sonora. Sueño, al contemplarlas, en esos juegos móviles que deshacen las linfas en polvo de diamante, y, traídas, de seguro, por una sensación de sed que me abrasa los labios, abro y recorro con la fantasía el primoroso libro de Rusiñol: «Los jardines de España,» y veo las estampas coloridas, los cármes húmedos y penumbrosos donde brillan los ojos azules de las fuentes, los brocales de arcilla esmaltada, los bulliciosos surtidores, las cascadillas espumosas que suenan, en el silencio de los parques, a risa de mujer.

En esta hora no pasa un transeunte por la plaza. Bajo los portales fronteros que la cierran a un lado y otro—el uno doble y enjalbegado, construido a la vieja usanza colonial, con sus columnas toscanas y sus arcos de medio punto, y el otro embadurnado de almagre chocante, también de doble arca-

da, seminuzárabe y barroca—, bajo los portales se sombrean algunos hombres, de los que no distingo sino los vestidos ligeros y los *canotiers* amarillentos. Ni una sombra, ni un transeunte, ni una voz, ni un rumor. El aire está amodorrado, las nubes, quietas. Frente a mí, la catedral, de fachada severa—renacimiento español—, de fuertes y lisos muros de ocre viejo y patinado, abre, al fin de la destartada escalinata, su monumental y redonda puerta, tapada en parte por un blanco cancel que deja descubierto el hueco del arco, por el que se entrevé el interior del templo, lleno de fresca y misteriosa sombra cristiana. Al lado de la catedral, una capilla de simple y baja arquitectura, y verde y cerrado portón, destaca sus remates, a manera de relieve, por sobre las tupidas frondas de los naranjos, única nota de frescura en que se detiene la mirada como un pájaro sediento. Las aristas de las dos altas torres reverberan como si tuvieran perfiles de fuego. El sol cae a plomo, implacablemente, en el febril adormecimiento de las cosas. De repente, un chiquillo que llega corriendo de no sé dónde, atraviesa la plaza. Es un rapaz, pequeño como un comino. Lleva remangados los pantalones de dril y abierta, desde el cuello, la camisa. No corre por huir del sol, no; parece un ave loca. Ha entrado en el jardín, y va y viene por las calzadas. Lo veo detenerse, inclinarse y recoger del suelo algo que lo llena de alegría. Lanza un grito de regocijo, mitad gorjeo, mitad carcajada. Al pasar frente a mí, se para a verme. La luz rodea con un nimbo trémulo aquella cabecita descubierta, rubia y bribona. El traviesillo, en la palma de la mano en alto, me enseña su hallazgo: una moneda de cobre. Y lo miro

sonreír en pleno aire, bajo los dardos furiosos del sol, entre la modorra febril del mediodía. Me acuerdo, en mirándolo, de algunas figurillas de cinematógrafo que aparecen y desaparecen, con vibración molesta, en el cielo iluminado de la pantalla.....

III
UNA TARDE
EN "LA EMINENCIA."

Campeche, 21 de Enero de 1906.

Ya en la meseta de la colina, todos un poco jadeantes y sudorosos, nos detenemos maravillados del panorama, y poseídos de esa emoción religiosa, que eleva el espíritu ante el espectáculo de la Naturaleza. El mar y el cielo, desde aquí, son las dos cosas más bellas y más grandes que he visto hasta hoy: despiertan en mí una idea de infinito glorioso, de eternidad radiante y serena. Los horizontes profundos y diáfanos, reflejan su claridad limpia y pura sobre la quietud joyante de las aguas lejanas. El ámbar nítido y esplendente del Ocaso, dora a fuego la remota franja del mar. Al Norte y al Oriente, el firmamento, sin tonalidades ígneas, es de un gris luminoso e irisado con apacibles brillos de nácar. Las olas son de un azul de Sajonia con extensas y tenues manchas de luz que tienen reverberaciones cobrizas. Barcas y *cayucos*, como frágiles insectos, motean el inmenso brocado y van so-

bre él como saltando a ligeros y pequeños balanceos.

Desde la meseta de la colina veo la playa de larga curvatura, que, en diversos lugares de la orilla, conserva en pie los ruinosos y rudos fragmentos de murallones de sus seculares fortalezas. Y a nuestros pies, enterrada en compactos verdes, la vieja ciudad erige cúpulas y campanarios, que rasgan por todas partes la espesa malla de las frondas. Por entre ella, aquí, allá, acullá, se delinear los grupos rectilíneos de casas, los paralelogramos de manzanas, las fajas oscuras de las calles, los huecos de las plazuelas, todo esfumado y como desvanecido en los claros soñolientos del crepúsculo. ¡Ah, vieja y triste ciudad, fangosa y adorable, extendida entre el mar y la montaña, y refrescada, en tu ardor costanero, por brisas y terrales, y arrullada, en tu indolencia de criolla lánguida, por tumbo de ola y susurros de follaje! En ti vive, no resucita porque no ha muerto, un pasado brumoso de aventuras, un pasado de leyendas cándidas y heroicas, de caballerescas historias de amor, de combates y asaltos de piratas, de encomenderos de jubón negro y gola encarrujada que ahorca y ciñe la barbicana y ceñuda cabeza, de frailes de testas rapadas y severos hábitos, de procesión de pendoñes, de fiestas suntuosas y místicas, llenas de oros y brocateles, de épicas y estupendas batallas! ¡Ah, vieja ciudad, triste, fangosa y adorable!.....

La tarde cerraba voluptuosamente los ojos cansados. La penumbra, subiendo de la tierra, arrojaba sus diluídas sepías, que crecían como manchones de grasa, sobre lustres y colores. Las aguas, ensombrecidas, tenían movimientos espejantes y